

REFLEXIONES PARA UNA TEORÍA DE LAS CLASES SOCIALES*

La palabra pertenece por mitad a quien habla y a quien escucha; éste debe prepararse a recibirla, según el movimiento que ella adopta: como en el juego de la pelota, el que retrocede y avanza lo hace según los movimientos del contrario...

Miguel de MONTAIGNE**

SUMARIO: I. *Sociedad y estructuras sociales*. II. *Esquema del hombre e historia*. III. *Hacia otros planteamientos*. IV. *Marx y el nuevo humanismo*. V. *Concepto de clase social*. VI. *La realidad revisa la ideología*. VII. *Relaciones de producción o relaciones de dominación*. VIII. *Conductas acuñadas, prototipos coercitivos e inducción*. IX. *Lucha de clases y antagonismo de países*.

* Publicado en la *Revista de Ciencias Políticas* de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, núm. 57, julio-septiembre de 1967.

** Montaigne, Miguel de, *Ensayos*, Buenos Aires, El Ateneo, t. II, libro III, cap. XII, p. 655.

I. SOCIEDAD Y ESTRUCTURAS SOCIALES

La sociedad es el resultado del actuar humano que se estructura y desestructura, toma forma y se le impone al hombre genérico y concreto. Es un entretejido de actividad y fines, de valores y conductas conformados en una gama que va desde la simple reiteración circunstancial, hasta la conducta exigida por la ley que trasluce en su hipótesis: la coacción.

Las estructuras sociales son sistemas de formas de actividad en distintos niveles, intercomunicados y abiertos, obedecidos y deformados por el hombre; vigencias y canales de ascenso, valores y normas que se presentan como un conjunto aparentemente terminado, con el que tiene que contar el hombre y dentro del que se desliza fácilmente si sigue la pendiente, tendencia o dirección de lo trazado, de lo hecho, pero que puede el propio hombre modificar a cuenta del presente y del futuro, como los engramas de su propio cerebro.

Educado desde la infancia en los usos, disfraz irracional y mecánico de la realidad que lo rodea —Ortega y Gasset—,¹ a veces olvida que es él, ori-

¹ Ortega y Gasset, José, “El hombre y la gente”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1957, pp. 232, 250, 251 y 304.

ginariamente, el creador de esas conductas fosilizadas, congeladas por el género humano para conservarlas como instrumentos de supervivencia, maneras ya experimentadas de no naufragar en lo contingente e impredecible.

Lo fundamental en la sociedad es esa capacidad del hombre de cumplir lo normativo y de cambiarlo, de atenerse a lo hecho y de crear nuevas formaciones que servirán y obligarán a otros hombres.

En su necesidad de confrontarse, de ser él —su programa vital— en un ámbito que lo perfila y determina, el humano es una perspectiva única que se inicia y se apaga, trazando líneas que semejan las trayectorias luminosas —arbitrarias y variadas— de los átomos que estudian en sus mapas los teóricos de la física, astrónomos del microcosmos.

El hombre hace a la sociedad y ésta lo determina en un binomio dialéctico, en una interrelación dinámica.

II. ESQUEMA DEL HOMBRE E HISTORIA

Una vez esbozada la idea de sociedad es menester dar al menos un esbozo de lo que es el hombre como concepto, variable y complejo, apegado a las sinuosidades de la historia y al parecer con una naturaleza similar que siempre permanece, desde la

asamblea de hombres armados que discutían el destino de la ciudad sumeria de Uruk (3000 a. C.) hasta el hombre precibernético que, ávido de misterio, prefiere consultar sus dudas a las estrellas y constelaciones, a las líneas de su mano y a la esfera mágica para beneplácito de los pequeño-burgueses, lectores de Klages. Hoy el hombre para dirimir sus problemas se dirige a los cerebros electrónicos, para que le decidan acerca de sus preguntas sobre necesidades rutinarias y vitales, seguro de su escueta lógica y de su frialdad matemática.

¿Será la máquina la que dé al hombre contestación a sus angustias tradicionales? Ya existen aparatos que en minutos nos comunican el perfil bioquímico del hombre y robots que inician sin temblor una partida de ajedrez con el gambito de Evans. ¿Qué le queda al hombre?, ¿quizá la interrogación que destruye a la máquina, como en *Alphaville*, esa película visionaria? Interrogación que implica, desde luego, la entrega y el compromiso más allá del cálculo de probabilidades y de cualquier dialéctica de intereses.

El esquema del hombre ha sufrido modificaciones esenciales en el transcurso del tiempo; pero ninguna de ellas tan definitiva como la que estamos afrontando, que lo orienta hacia cambiantes estructuras sociales, en un marco de referencia que

ha sufrido modificaciones radicales, como son las nuevas dimensiones del tiempo y del espacio.

Si en el pasado el descubrimiento de América extendió no sólo el mundo conocido sino la mente y la ambición del hombre, ¿qué sucederá ahora ante el encuentro corpóreo del infinito, con la desarticulación del tiempo al acercarnos a la velocidad de la luz o con la simultaneidad óptica conquistada por la televisión intercontinental, y los pasos del hombre sobre el cercano satélite?

La historia, océano lento y complejo de conductas, registra a mi juicio tres momentos culminantes: el desquebrajamiento de la polis y con ella la del mundo de identidad (*antropos-polis-logos-nomos*). Es Alejandro de Macedonia el que destruye, y precisamente con el helenismo, esa fórmula cerrada y fructífera; orquestando después estoicos y epicúreos una melodía en la que ya asoma, no sólo virtualmente, un principio de individualismo y por ende de soledad y angustia.

Siglos transcurren hasta la segunda encrucijada: Roma y el cristianismo; después —tercera disyuntiva— son la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración, etapas que, a pesar del ímpetu creador de tantos siglos, no desbordan la dirección que tomó el mundo del hombre nuevo que vislumbrara el helenismo y fuera reasumido por romanos y por bár-

baros cristianizados, señores feudales en la Edad Media, comerciantes y guerreros en el Renacimiento y burgueses en la Ilustración. Universo del que emergió con vitalidad esforzada en el siglo XVIII el tercer Estado, del que reclutó el capitalismo, ya inminente, sus mejores hombres para romper los módulos de una sociedad agostada y ampliar los esquemas humanos, desembocando a un nuevo campo de batalla en el que sólo se encuentran contendientes: la sociedad de masas.

III. HACIA OTROS PLANTEAMIENTOS

Los caminos de la historia parecen convergir en acuerdo simultáneo hacia la crisis actual. Progreso y desarrollo técnico, fantasía y apertura de objetivos, masas y naciones en ebullición y conciencia de sus necesidades, se vuelven factores también activos de la problemática de nuestro tiempo que se ciñe a una fórmula: crisis social.

Para Ferrater Mora,² la trayectoria del hombre tiene tres momentos: “La crisis de los pocos, la crisis de los muchos y la crisis de los todos”. Estos momentos vienen a representar, aunque no lo exprese Ferrater Mora, nuevos planteamientos de lo que

² Ferrater Mora, José, *El hombre en la encrucijada*, editorial Sudamericana, 1965, p. 160.

es el hombre y no sólo eso, sino además el problema de quiénes van a ser aquellos que tengan acceso a vivir siguiendo las líneas trazadas por el prototipo correspondiente. El asunto trasciende la definición del modelo, pues es menester también saber quiénes son los que podrán tener la posibilidad real de funcionar de acuerdo con sus postulados. En Atenas sólo eran hombres los ciudadanos, aquellos que participaban en todo el proceso vital de la identidad *polis-antropos*, y en Roma únicamente los ciudadanos romanos, dueños de innumerables derechos, privilegios y obligaciones relevantes.

Las ampliaciones del esquema del hombre condujeron a saltos cualitativos del desarrollo social. Ni después de Alejandro de Macedonia se pudo querer vivir como Alcibíades, ni tampoco se pudo pretender morir como Sócrates. Rota la identidad, destruida la polis como célula y cúspide de una forma de vida, se tuvo que seguir adelante; por eso la pragmática inteligencia romana entendió que había que recurrir a las normas jurídicas para darle cuando menos una identidad formal a su sociedad y a su mundo.

La Revolución francesa, en los términos de Ferrater Mora, vendría a ser la lucha de “los muchos” contra “los pocos”, pues su objetivo fue ampliar el cuadro y la idea del hombre, así como el signo del siglo XX es la lucha de “los todos” —socialismo,

comunismo y nacionalismo— por acceder a los satisfactores y normas de vida prefigurados por “los muchos”, a través de la larga tradición de Occidente que desemboca en el pináculo histórico que se ha dado en llamar, justicieramente, *Belle époque*.

No pudo optarse después de la Revolución francesa, sin anacronismos enfermizos, por regresar al feudalismo o a la monarquía centralizada; pues una nueva clase, ¡nada menos!, sana y fuerte está imponiendo un nuevo tipo de hombre y con él otra cultura, otra manera de vivir, otro sistema económico y político. El mismo impulso de la burguesía y del capitalismo inicial llevó a la sociedad a una profunda escisión estructural: lucha entre empresarios y proletariado, pugna anunciada y descrita genialmente por Marx, que es, paradójicamente, el gran revisor del capitalismo, pues sin él serían impensables las radicales reformas del neocapitalismo y de la sociedad occidental, cuyos estratos medios están formados por tres cuartas partes de la población de los países desarrollados, con niveles de vida que no pudo haber siquiera imaginado el propio Marx.

IV. MARX Y EL NUEVO HUMANISMO

Para afrontar la vida el hombre necesita, actualmente, algo más que la éntasis de los filósofos cíni-

cos; todo exige tensión y energía y al mismo tiempo capacidad de amoldamiento, de flexibilidad y obediencia. Marx, con seguro ojo de profeta, vio claramente el inicio de un nuevo proceso social, entendió el hecho importante de que burgueses y proletarios, antagonistas del conflicto de clases, eran nuevos núcleos en el panorama de la sociedad. Comprendió la índole estructural de este conflicto y el hecho de originarse éste en las formas de producción industrial.

Frente a un esquema social anacrónico e inoperante surgen dos clases nuevas, burguesía y proletariado. Cada una de ellas con destino y signo diferentes. Una propietaria, la otra desposeída. Una defensora de los intereses creados, la otra revolucionaria. Una dueña del Estado, la otra explotada y perseguida, con un camino trazado que va desde la lucha económica hasta la toma del poder y la destrucción de las superestructuras capitalistas, para crear una nueva sociedad, más justa. Si los procesos de producción determinan la estructura de la sociedad y por ende las formas de gobierno, las instituciones, la civilización, la cultura, el burgués encerrado en su poderío sólo puede, sin perder la identidad, ser igual a su propia obra o irse al otro extremo, traicionando sus intereses concretos para favorecer la dirección de la historia y del porvenir, contradecirse y vencerse para desenajenar al ser

humano. Pero el mundo capitalista ya está hecho y únicamente puede continuar por la pendiente de la historia, mientras surge dentro del mismo mecanismo de su estructura social una clase antagónica que podría, desde los intereses que la aglutinan, tomar conciencia de su situación, para organizar después la lucha que terminaría por destruir un mundo injusto, edificando una sociedad sin clases y sin Estado. El proletariado es, pues, para Marx, el único titular del futuro, polarizador de las otras capas sociales que la ambición del burgués empobrecería crecientemente hasta llevarlas a la desesperación y a la lucha abierta, y no puede ser de otro modo, pues en este esquema el mismo burgués está tan enajenado como el proletario, en el binomio amo-esclavo, cadena que sólo puede romper el proletariado para beneficio del hombre como especie.

La explicación de Marx —minuciosa y completa— de la dinámica de la sociedad no fue mera lubricación, pues para él conocimiento y lucha estaban ligados teóricamente en la “praxis”, y así, de manera necesaria, el pensamiento de Marx lleva al capitalismo a replanteamientos básicos que crearon una serie de nuevas situaciones y a modificaciones esenciales en la estructura de la sociedad.

El marxismo, hasta hace apenas unos cuantos años, conceptuaba la lucha de clases como el único camino para la toma del poder; la guerra civil y la

violencia como instrumentos indispensables para eliminar la injusticia social. Y por ello, en el camino democrático y parlamentario, cayeron muchos teóricos y políticos de una izquierda menos radical que, como Berstein, predicaron la posibilidad de un tránsito pacífico hacia nuevas formas sociales y políticas, dentro de la zigzagueante trayectoria en la que es usual revalorar figuras que fueron acusadas de traición y destronar héroes, como en el caso de Stalin, según los cambios en la constelación de intereses y en la ideología.

La tecnología y los grandes cambios sociales revisaron lo que la teoría marxista había considerado sagrado y talmúdicamente invariable. La ex URSS y China debatían en escala mundial problemas ideológicos y prácticas del marxismo, pues mientras la ex URSS reconocía —a regañadientes— las posibilidades de un tránsito pacífico hacia el socialismo y usó prácticas capitalistas de incentivo en la industria y en la agricultura, China recrudece la antigua lucha internacional, violenta y agresiva, y organiza un terrorismo oficial que es novedad incluso dentro de la lucha política marxista, pues es estalinista en el interior y trotskysta en el exterior, y agrede finalmente la frontera de la que fue su protectora y aliada.

Las recientes modificaciones que la técnica, la industrialización y el socialismo han hecho a la an-

tigua concepción del hombre, pueden inclusive decepcionarnos y molestarnos gravemente, pero de algún modo tiene que afrontar el humano las nuevas perspectivas a las que ha sido conducido por los acontecimientos que le ha tocado vivir en los últimos decenios.

V. CONCEPTO DE CLASE SOCIAL

Las dos principales líneas de pensamiento que abordan el problema de las clases sociales son: la marxista y la no marxista. La primera, que abarca los matices más encontrados, concibe las clases sociales a partir de la posición que guardan en el proceso económico. La no marxista las reconoce como producto de ensambles y relaciones de estratos que se fundan en datos de nivel económico y de comportamiento social, y sus clasificaciones obedecen generalmente a una visión exterior.

Comenzaremos por analizar la concepción de clases sociales de Marx y de algunos marxistas representativos, por su inteligencia y criterio no dogmático. Para Marx, usando la terminología de Sartre³ en sus textos de juventud, el proletariado puede ser clase social “en sí” cuando es latente, y clase

³ Véase Sartre, Jean-Paul, *El ser y la nada*, Losada, 1966, pp. 748-757.

social “para sí” cuando ha tomado conciencia de su situación.

El proletariado, por lo tanto, está sujeto a un proceso que se inicia con la situación de clase y termina en la toma de conciencia y la lucha política organizada, a las que se llega generalmente a través de la pugna por intereses concretos de clase. No basta “la situación”, pues la clase no se forma mecánicamente, sino que se requiere además una “conciencia” de clase, aunque para Marx y para Luckács⁴ esta conciencia está entrañablemente ligada al lugar que se tiene en la producción.

Gurvitch⁵ distingue dos etapas de Marx, una que va de sus obras de juventud a la *Miseria de la filosofía*, y otra que se refiere a las obras históricas. En la primera etapa Marx considera que existen cinco clases: 1) propietario-terratenientes; 2) burgueses; 3) pequeñoburgueses; 4) granjeros y campesinos, y 5) proletarios. En sus obras históricas posteriores introduce clases y subclases, por ejemplo, en *Revolución y contrarrevolución en Alemania* hace refe-

⁴ Sartre, Luckács y Marx están de acuerdo en este punto. Sartre, Jean-Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, 1963, t. I, pp. 231-238; Luckács, George, *Histoire et conscience de classe*, Editions de Minuit, 1960, p. 216.

⁵ Gurvitch, George, *El concepto de clases sociales (de Marx a nuestros días)*, Buenos Aires, Galatea, Nueva Visión, 1960, pp. 38 y 39.

rencia a siete clases: *a)* nobleza feudal; *b)* burguesía; *c)* pequeña burguesía; *d)* grande y pequeño campesinado libre; *e)* campesinado siervo; *f)* obreros agrícolas, y *g)* obreros de la industria.

En su libro *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, habla de siete clases: 1) burguesía financiera; 2) burguesía industrial; 3) burguesía mercantil; 4) pequeña burguesía; 5) clase campesina; 6) clase proletaria, y 7) *lumpen proletariat*. Los elementos básicos de la teoría de las clases los constituyen, para Marx: la situación, el interés y la conciencia de clase. El propio Marx lo sintetiza de manera admirable en su carta a J. Weydemeyer:⁶

Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido: 1) Demostrar que la existencia de clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción. 2) Que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, que esta misma lucha no es de por sí más que el tránsito hacia la evolución de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.

⁶ Carta escrita en Londres el 5 de marzo de 1852. Publicada en las *Obras escogidas de Marx y Engels*, t. II, p. 424.

Luckács,⁷ bajo la influencia de Hegel, define la conciencia del proletariado como “la conciencia del proceso dialéctico mismo, como la ética del proletariado, como la unidad de su teoría y de su práctica, como el punto en que la necesidad económica y la lucha por su liberación giran dialécticamente”. Trata de distinguir la conciencia de clase de una conciencia psicológica, ya que las fuerzas de la historia son las que determinan la conciencia de los hombres. Considera que la conciencia de clase del proletariado “es un centro de imputación de los intereses de clases”, en una paráfrasis de la definición de Kelsen acerca del Estado: “centro de imputación normativa”. Al comparar la conciencia de clase del proletariado y la conciencia de la burguesía, observa cómo la conciencia del proletariado es dinámica puesto que empuja a la lucha por la superación del régimen capitalista, mientras la conciencia de la burguesía la lleva a defender la estructura existente. “No se puede salir de la crisis del capitalismo sino por la conciencia de clase del proletariado”. Así, la conciencia de clase del proletariado viene a ser “la historia hecha conciencia en sí misma”, historia en el sentido que le otorga Marx y recoge Luckács: “Dialéctica histórica que tiene co-

⁷ Luckács, George, *op. cit.*, nota 4, pp. 85, 220, 221 y 235.

mo resultado inmanente la conciencia”. Para Marx el proletariado, al destruir a la burguesía como clase, salva a los burgueses como seres humanos, pues restituye las posibilidades de libertad a la sociedad que estaba enajenada como totalidad.

El filósofo polaco Kolakowsky,⁸ profesor de la Universidad de Varsovia, hace algunas afirmaciones sobre las clases sociales que pueden considerarse totalmente heterodoxas. Para este marxista polaco, los conflictos sociales son primeramente conflictos de clases que se convierten después en conflictos políticos; sin que la lucha política de los partidos sea una mera traslación de los conflictos de clase: porque la división de clases tradicional no es la única y porque además existen divisiones dentro de cada clase fundadas en la nacionalidad o en la visión del mundo. Para este filósofo la vida espiritual, como realización concreta, no es, ni puede ser, una copia de los intereses de clase.

Marx,⁹ al criticar a Hegel, piensa que la historia no hace nada, que es el hombre el que posee y combate. La historia no utiliza al hombre para rea-

⁸ Kolakowsky, Leszek, *Der Mensch Ohne Alternativ*, Munich, Piper Verlag, 1960, pp. 149 y 155.

⁹ Marx, Karl y Engels, Federico, *La sagrada familia y otros escritos*, Grijalbo, p. 55.

lizar sus metas, pues la historia es resultado del actuar del hombre persiguiendo sus fines.

Es muy importante, a mi modo de ver, para entender el concepto de clase social, deslindar el concepto sociedad en sus movimientos estructurales —desde la filosofía de la historia—, es decir, como movimiento de totalidades sociales dirigidas hacia ciertos objetivos, del mero análisis de la sociedad por estratos, combinaciones de éstos y movilidad entre los mismos. O sea, que es imprescindible distinguir la movilidad entre los estratos que forman las estructuras de la sociedad y la dinámica de la sociedad en la dimensión de la historia, aunque a esta dinámica la impulsen hoy resortes distintos al conflicto clasista, y dicho antagonismo, como lo observa Dahrendorf, se da en la actualidad dentro del proceso de producción como un fenómeno aislado, lo que implica que la lucha entre empresarios y proletariado no viene a comprometer a toda la sociedad, sino es simplemente un conflicto de intereses económicos sin una proyección hacia la estructura global de la sociedad.

Los marxistas consideran las clases sociales, desde un punto de vista más general, como ensamble de estratos, pero subrayan la primacía que tiene, para determinar todo carácter, el lugar que se ocupa en la producción.

Weber¹⁰ selecciona tres posibilidades de alcanzar una situación de clase: *a)* según la posición externa; *b)* según la posición de bienes, y *c)* según el destino personal. Para él: “Una clase es todo grupo humano que se encuentra en igual situación de clase”.

La primera y la segunda tienen nexos en común y están representadas por los privilegios o “monopolios de hecho”, que determinan la formación y la estructura del capital, su acumulación y la producción y distribución de bienes. En la tercera categoría entran el proletariado, la pequeña burguesía, y los intelectuales y técnicos sin fortuna. Por lo que cae en una paráfrasis de Marx, que a su vez consideró en su libro *El capital* tres clases: “asalariados, capitalistas y grandes propietarios” (t. III, cap. 52.)

Como puede verse, las distintas escuelas sociológicas no marxistas toman siempre en consideración el factor económico y gravitan desde fenómenos psicológicos, como es el instinto de poder en Pareto (factor que determina la circulación de las élites y su configuración), hasta meras estratificaciones sociales, como en la sociología estadounidense, que sólo observa el movimiento individual mas no la dinámica social, pues considera los estra-

¹⁰ Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, 1944; Marx, Karl, *Das Kapital*, Berlín, Dietz Verlag, 1956, p. 941.

tos definidos e invariables. Fue un sociólogo alemán, Dahrendorf,¹¹ el que hizo comprensible con mayor claridad los principales lineamientos de la sociedad estadounidense y describió al mismo tiempo los mecanismos estructurales de la sociedad industrial desarrollada, en la que las clases sociales no funcionan como en el capitalismo del siglo XIX, sino en formaciones y estructuras totalmente distintas, que requieren otro modelo o tipo conceptual para ser explicados.

Es difícil utilizar la teoría marxista (clásica) de las clases sociales como instrumento de análisis para conocer la sociedad industrial desarrollada y sus tendencias, dado que está sujeta a condiciones y mecanismos peculiares que escapan a una visión esquemática de la realidad. Incluso las sociedades en vías de desarrollo resultan un problema demasiado complejo, actualmente, para estudiarlas con un modelo simplista, lo que no implica desconocer el hecho indudable de la explotación a que están sujetas ambas y que describe tan atinadamente Pablo González Casanova en su libro *Sociología de la explotación* (editorial Siglo XXI). Es indudable que en toda pirámide social, por igualitaria que ésta

¹¹ Dahrendorf, Ralf, *Die Angewandte Aufklärung*, Munich, Piper Verlag, 1963. En síntesis, los pivotes de la sociedad norteamericana son: *rationality, quality, modality and community*.

sea, habrá niveles sociales marginados de los canales de capilaridad y ascenso, ajenos a la dinámica y sentenciados a la inoperancia.

VI. LA REALIDAD REvisa LA IDEOLOGÍA

Los presagios de Marx encuentran al iniciarse el siglo XX un mundo transformado. Han sucedido fenómenos que van más allá de la realidad económica que pudo conocer en su época. Instituciones jurídicas, procesos políticos y necesidades han sufrido modificaciones esenciales y el mismo sistema de propiedad ha cambiado, deslindándose el control y la propiedad de los instrumentos de producción al extremo de alterar el marco conceptual que usaron Engels y Marx.

El impulso industrial crea riqueza en la que participa también el proletariado, pues la ampliación del mercado interno y la lucha sindical vigorosa lo incorporan a las capas medias de la población, estratos que, según la teoría clasista de Marx, estaban destinados a desaparecer, pero que por lo contrario se incrementaron quedando inmunizados contra la revolución violenta, pues viven y desean vivir como pequeñoburgueses. El problema toral viene a ser, más que la lucha de clases, el sostenimiento del desarrollo económico y una distribución más

justa de la riqueza, condiciones irrenunciables para la aceleración del proceso industrial.

En lugar del antagonismo de clase surge la pugna entre la ciudad y el campo, pues las materias primas no pueden competir en precio con las mercancías elaboradas —Geiger—,¹² y en todos los países europeos aparece una serie de figuras políticas locales de tipo chauvinista que agitan con éxito notable el ambiente parlamentario en defensa de los productores agrícolas.

Opera el cambio social más con base en la tecnología que por motivos revolucionarios —Zimmerman—,¹³ y no puede servirnos ya de pauta la propiedad de los instrumentos de producción para explicar la sociedad industrial y su dinámica.

Tenemos, pues, que describir a grandes rasgos los fenómenos que afectan a la actual sociedad, buscando nuevas explicaciones que en cierta medida han aportado ya algunos teóricos respecto a los procesos sociales y a su desarrollo en nuestro tiempo.

Varios sociólogos, como Marshall, Geiger y Marcuse, entre otros, dan una primordial importancia al “*status* del consumidor” por lo que éste im-

¹² Geiger, Theodor, *Arbeiten Zur Soziologie*, Hermann Luchterand Verlag, 1962, pp. 171-259.

¹³ Zimmerman, L. J., *Países pobres, países ricos*, Siglo XXI, 1966, pp. 11 y 13.

plica en las perspectivas de una sociedad cambiante y nueva. La imaginación está dirigida al constante crecimiento del mercado y por lo mismo a una producción más racionalizada que conduce a un modelo peculiarísimo del orden social. La publicidad pasa a un primer plano, tanto en la sociedad capitalista como en la socialista, pues es imprescindible en la primera crear necesidades cotidianas, al igual que requerimientos y apetitos de todos los matices, inventados para mantener la economía en un nivel costeable de producción y venta: el consumidor es el protagonista al que todos dirigen su atenta mirada; y en la segunda, programa la adhesión, borra las posibilidades de disentir, aferra al hombre a una posición optimista de sus circunstancias, a través de la velada amenaza de lo que significa ir contra lo establecido.

Los recursos para el manejo de la opinión pública permiten una influencia excesiva sobre los individuos y sobre los conjuntos humanos. Lo que no se consigue con la sugerencia o con las reiteraciones se logra con la inducción de conductas, que se produce por cambios de polaridad al sostenerse, indistintamente, lo valioso como negativo o lo negativo como deseable. Esto se aprecia en la moda, en los libros, en la política. Un ejemplo radical de ello fue la venta de prendas de vestir y otros objetos alusivos al crimen múltiple cometido por un enaje-

nado desde la torre de la Universidad de Austin, Texas, que convirtió un asesinato monstruoso en broma o juego. ¿Se estará construyendo el mundo al que alude Musil¹⁴ cuando habla de la utopía de la postura individual inducida, en la que la personalidad más íntima le viene al hombre desde fuera determinándolo en lo más propio y recóndito?

La publicidad presenta desde multitud de ángulos una existencia plena de atractivos y confort, descanso y diversión. Por ejemplo, los anuncios¹⁵ de cigarrillos indirectamente sugieren la conquista amorosa, los anuncios de automóviles dejan entrever rostros de mujer enamorada o nueva potencia personal. Una bebida alcohólica promete, sin decirlo, un donjuanismo al parecer casi al alcance de la mano. Todo un mundo de productos y de maneras de usarlos que asedian al hombre desde distintas direcciones y que al mismo tiempo son expresión de una manera de vivir de nivel más elevado y manifestación también de una concepción de vida más cómoda.

En otros sistemas económicos la publicidad ideológica cansa y hostiga a las nuevas generaciones al

¹⁴ Musil, Robert, *Mann Ohne Eigenschaft*, Hamburgo, Rohwol, Verlag, 1957, p. 1621.

¹⁵ Packard, Vance, *La sociedad desnuda*, editorial Sudamericana, 1965.

grado de que los slogans políticos se truecan, casi automáticamente, en fórmulas de ironía o de burla solapada en las conversaciones cotidianas y sorprendentemente pueden apreciarse además, en la ex URSS, ciertos tipos de publicidad comercial, especialmente anuncios de ropa femenina y masculina.

Los pueblos socialistas y las generaciones recientes participan angustiosamente en un afán de usar mercancías que sus padres consideraron superfluas y características de la burguesía, tan combatida. En la Unión Soviética las masas estaban más interesadas ya en una mayor variedad de productos que en discutir problemas ideológicos o políticos. China y Albania habían resultado, para la ex URSS, socios engorrosos, en un mundo que tanto trabajo costó conquistar, después de innumerables sacrificios y sufrimientos. A los jóvenes no se les puede engañar más con una política esclerótica, ineficaz y llena de dogmatismos.

Actualmente la burocracia, formada en un ambiente de apariencia y disimulo, establece también sus prototipos y su lenguaje esotérico, necesarios para los que quieren tener éxito en la sociedad socialista; con reglas para el ascenso, sospechosamente similares a las que regulan la sociedad industrial capitalista como son la obediencia, la flexibilidad y el idioma ritual.

La nueva concepción económica sólo ha comprendido parcialmente que debe superarse la barroca e inoperante diferencia entre civilización y cultura, pues cultura es, primordialmente, instrumento descosificador y principal factor desenajenante del hombre que no puede ser libre si no ha resuelto los problemas sustanciales de la estructura económica (civilización). Es menester no olvidar que toda incorporación de fines, toda articulación de objetivos es conciencia, y por ello concreción insustituiblemente humana e histórica. La cultura no es un juego encerrado en su propia esfera de legalidad, como pretende Spengler,¹⁶ ni medida de adaptación para la supervivencia, ni tampoco es ornamentación exhibicionista como quisiera Veblen.¹⁷ Cultura es conocimiento y conciencia finalista sobre los que descansa el margen de libertad del hombre.

El *status* del consumidor viene a ser determinante para situar al hombre en los niveles sociales; lo que se consume en cantidad y en calidad define el rostro exterior del hombre, el que presenta todos los días a sus vecinos, a sus compañeros de trabajo y a sus amigos; es la concreción de lo que piensa

¹⁶ Spengler, Oswald, *Der Untergang Des Abendlandes*, Munich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhadlung, 1922, pp. 25-98.

¹⁷ Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 298.

de sí mismo. Enajenado al movimiento del mercado y al deseo de prestigio, fijo en la noria circular de la producción y el desperdicio.

Otra característica relevante de la actual sociedad es la movilidad, sobre todo en la sociedad estadounidense —horizontal—, en la que el mercado de trabajo tiene una velocidad vertiginosa. Se abren y cierran fábricas, se crean y desaparecen empresas, se inventan y se olvidan ideas, se hacen y desarrollan mitos, y se afirman y se demuestran personalidades o héroes. Todo está sujeto a una aceleración sin igual: ni valores ni modas prevalecen, lo que es hoy, está a punto de desaparecer. ¿Qué es, pues, lo que le da cierta estructura y forma a esta sociedad?: los papeles o paradigmas sociales, que en Estados Unidos son moldes o encuadramientos, verdaderos haces de predecibilidad de la conducta, en resumen, lo que cada quien espera de otros de acuerdo con su *status* o nivel, y la riqueza de matices que cada prototipo incluye con la posibilidad que es característica del hombre de cumplirlos y modificarlos. En la sociedad industrial prevalece un doble fenómeno que es de suma importancia describir: por un lado puede observarse una corriente centrífuga que le da cohesión a lo que viene a ser el sistema complejo de las estructuras correlacionadas, que se reflejan de manera destacada en lo que se ha

dado en llamar el “establecimiento”; y por otro, una fuerza centrípeta que desgaja y desecha lo que está socialmente marginado, lo que no se identifica con el sistema de estructuras antes descritas.

Marcuse¹⁸ cree que la aglutinación de los grupos marginales puede afectar al “establecimiento”, y a mi juicio se equivoca porque éste sólo puede ser destruido o cambiado desde dentro, porque la fuerza centrípeta de la sociedad lo protege de aquello que no le es afín. Sólo las contradicciones internas de la propia sociedad industrial serán las que lo lleven a su ruina o transformación, y lo marginal quedará como un síntoma o una acusación, pero no como la fuerza que lo obligará a modificarse.

VII. RELACIONES DE PRODUCCIÓN O RELACIONES DE DOMINACIÓN

La naturaleza de las estructuras económicas desarrolladas ha provocado una alianza tácita entre empresarios y trabajadores, pues ambos participan de un interés común; la productividad, que se refleja tanto en las ganancias como en los salarios y grati-

¹⁸ *Kultur un Gesellschaft*, Suhrkamp, 1967 y 1965, ts. I y II; *El fin de la utopía*, México, Siglo XXI, 1968; *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1968; Wolff, Robert Paul et al., *Kritik der reinen Toleranz*, Suhrkamp, 1966.

ficaciones. Se ha pasado de la institucionalización del conflicto de clase a la cooperación y comunidad de intereses que antes escindían no sólo a las empresas sino a toda la sociedad. Se desplaza la preocupación de empresarios y trabajadores a problemas de mercado y a las posibilidades de venta de lo que producen.

El conflicto de clase se encuentra aislado, según la inteligente hipótesis de Dahrendorf,¹⁹ y cualquier lucha entre obreros y empresarios viene a ser un asunto de mejoramiento, de ingresos y prestaciones, pues finalmente los antagonistas del conflicto clasista participan, a su modo, en los niveles de consumo y están dentro de la organización social en que prevalecen los roles ligados a los cometidos sociales, siguiendo la terminología del propio Dahrendorf. ¿Qué sentido tendría darle un cariz revolucionario aparente a este antagonismo?

En la cosmovisión marxista toda pugna conduce a la toma de conciencia y el más insignificante momento de lucha es parte del proceso que intenta destruir una sociedad y un sistema de producción, para sustituirlos por otros. El horizonte en las so-

¹⁹ Dahrendorf, Ralf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Rialp, 1962, p. 298. Véase, también, *Gesellschaft und Freiheit*, Munich, Piper Verlag, 1963, pp. 163-175.

ciudades industriales desarrolladas es ya distinto y la tónica nos la dan ahora problemas de productividad, mercado, propaganda y relaciones públicas.

Además, tampoco debe desconocerse la existencia de una tecnocracia que establece directrices para el proceso económico, tanto en países capitalistas como en países socialistas, que nos hace recordar la idea de Renner acerca de la existencia de dos nuevas clases: una clase trabajadora, poderosa y organizada, y una clase de “titulares de servicios”, como, por ejemplo, los funcionarios estatales; con la obvia tendencia de aglutinarse en una sola.

El deslinde de propiedad y control, la existencia de nuevas formaciones sociales, la incesante movilidad, la despolitización de los obreros, la creciente nivelación social, las instituciones de fomento para el empresario y de protección para el trabajador nos conducen a una concepción distinta de la realidad y, más que una pugna clasista con repercusiones sobre el total de la sociedad, nos parece que los antagonismos hoy se producen entre organizaciones de intereses personales y de grupo que no dividen a la sociedad en dos mundos enemigos y no plantean la modificación de toda la estructura social.

Existen sindicatos poderosos y también grupos de presión empresariales influyentes, además de una

tecnocracia que participa en los distintos niveles de los procesos económicos, sociales y políticos.

Es lógico y objetivo considerar los conflictos que se presentan en las sociedades altamente industrializadas como no estructurales, en el sentido que le diera Marx a la pugna de clases, puesto que los intereses de los diversos grupos o casi grupos de la sociedad no forman núcleos totalmente polarizados que presenten situaciones excluyentes. Las luchas se dan en todos los niveles sociales como consecuencia de intereses personales, de grupo o de estrato; no se trata ya de desenajenar a toda la sociedad humana a través del conflicto de clases.

Si se quisieran sintetizar los más relevantes rasgos de la sociedad actual —desarrollada— podrían observarse tres principales corrientes: una formada por la constelación de nuevas relaciones de dominación constituida por situaciones políticas, económicas, sociales y de opinión pública; otra, integrada por un tipo especial de adaptación hacia los prototipos ya construidos —pero cambiantes—, que es una tendencia niveladora pero no necesariamente estática; y, por último, la que resulta de las actitudes no conformistas del hombre que rechaza las formaciones sociales que le son dadas y trata de cambiarlas a partir de su propio ámbito vital.

Existen, por lo tanto, conflictos de dominación y de adaptación en todos los niveles de la sociedad

que afectan la estructura sin polarizarla radicalmente, y el no conformismo que opera contra las conductas establecidas y aceptadas para recrear valores y objetivos sociales.

Las relaciones de propiedad también han sido modificadas y el derecho no utiliza en su aplicación cotidiana las formas decimonónicas que se acoplan difícilmente a las nuevas transacciones industriales y comerciales.

Cada quien viene a ser dueño sólo de lo que está viviendo y consumiendo, esto lo registran multitud de documentos contemporáneos aportados por las artes plásticas, la literatura y el cine. Las mismas ideologías hacen hincapié en este angustioso problema. Se vive a crédito y el mercado no es sino un inmenso e insaciable remolino que arrastra a todos, obreros y magnates.

La exigencia primordial es predecir el consumo, cuidar que las conductas humanas se mantengan en los límites previstos para que todo marche según lo requerido por las estructuras. Es menester vigilar lo arbitrario, lo caprichoso, pues aun para eso se tienen formadas organizaciones de especialistas que contabilizan y programan lo más oculto y difícil.

¿Cómo va a prevalecer el conflicto de clase entre propietarios de los instrumentos de producción y dueños de la fuerza de trabajo, si ambos tienen

las mismas preocupaciones acerca del consumo y los impuestos, si ambos tienen que llenar el hueco del perfil del prototipo que su nivel les exige?

Las mismas relaciones de poder y de dominación cambian en una situación tan *sui géneris*, pues cada vez se excluye más de nuestra sociedad la aventura personal. La disyuntiva es plegarse a los acontecimientos o hacerse a un lado, decisión irrelevante pues ya nadie califica; los códigos morales están marginados y el éxito o el fracaso es circunstancial y queda insertado fácilmente en la esfera del individuo, sin un marco de referencia, como una anécdota más que a nadie importa en la constante búsqueda de las satisfacciones personales.

Las carreras deben hacerse dentro de las formaciones de poder, en el seno de las organizaciones de dominación, aunque los partidos políticos y las decisiones fundamentales sean sustituidos por la existencia de aquello que puede denominarse “gobiernos invisibles”, que manipulan, por ejemplo, en Estados Unidos, al Pentágono, a la CIA, al FBI y a otros organismos que controlan la política y la economía al margen de la opinión ciudadana.²⁰

²⁰ Nkrumah, K., *Neocolonialismo, última etapa del imperalismo*, México, Siglo XXI, 1966, pp. 194-213.

VIII. CONDUCTAS ACUÑADAS, PROTOTIPOS COERCITIVOS E INDUCCIÓN

Los Estados Unidos tienen una economía continental con su correspondiente estructura social que ha sido configurada de manera importante por la movilidad horizontal más intensa y constante de la historia. La cuota de predecibilidad que requiere la sociedad para existir se obtiene, en este caso, de ciertos roles o papeles sociales construidos complejamente a través de niveles y cometidos sociales. En lugar de un prototipo abstracto con base en la igualdad jurídica, la sociedad americana acuña una serie escalonada de prototipos con sus correlativas actitudes de espera social, es decir, de contrapartes que están a la expectativa de estos cúmulos cerrados de conductas ya tipificadas. A cierto nivel de imágenes corresponde cierto tipo de conocimiento, a cierto empleo toda una gama vital entrelazada y en su mayor parte definida plenamente.

Es comprensible que correspondan la despersonalización y el anonimato del individuo a los procesos de producción y a la sociedad de masas, pues ¿cómo se podría vivir arraigado a un determinado lugar, si la condición misma del trabajo es el permanente desplazamiento horizontal? y, ¿cómo podría aceptarse ese desplazamiento acelerado, esa

movilidad horizontal frecuente, si no se puede recurrir a uniformidades preestablecidas a través de las cuales se convive, aunque esta convivencia sea un sucedáneo y no tenga la carga espiritual y subjetiva de la comunicación y de la convivencia de otras épocas? ¿Cómo puede haber productividad, exigencia máxima del proceso industrial, si no hay racionalización y soluciones sociales para los problemas de grandes núcleos humanos?

En la sociedad actual tenemos que admitir y referirnos a totalidades sociales que son verdaderos sistemas de funciones y objetivos sin los cuales la existencia sería incomprensible, pues tienen la finalidad concreta de organizar núcleos o niveles de producción, de consumo y de convivencia de toda naturaleza que hacen accesible la vida, fácil el trabajo cotidiano y posible el progreso.

A lo sumo los prototipos permiten una serie de conductas optativas que no serán nunca un horizonte abierto, pues toda una serie de respuestas están ancladas a un grupo de incentivos que tejen una verdadera madeja de actos adecuados a determinados lineamientos. Así lo describe Dahrendorf²¹ en su importante libro *La ilustración aplicada*, pero

²¹ Dahrendorf, Ralf, *Die Angewandte Aufklärung*, Munich, Piper Verlag, 1963, pp. 24-99.

aún mejor que él dibuja este panorama el novelista John Dos Passos.²²

Hace más de cuatro decenios describió esta realidad en su *Trilogía U.S.A.*, y la manera como opera el modelo social que presupone conductas acuñadas a las cuales es necesario acoplarse, prototipos con los que es menester compenetrarse para no ser destruido y aplastado por la dinámica de la sociedad que, metafóricamente hablando, va recortando lo que no es uniforme. Desfilan en esta *Trilogía* las figuras de Teodoro Roosevelt, de Wilson, de Edison, de Hearst, de Frank Lloyd Wright, paradigmas encarnados del mito americano. Junto a ellos, aproximaciones, aparecen los personajes que, como Evelyn Hutchins, Joe Williams, R. E. Savage, Mac Charlie Anderson y Margo Dowling, van ajustando su vida a los registros de los grandes esquemas, mientras en su camino y en su vida se van marginando, haciéndose a un lado, perdiendo el rostro, astillados, todos los seres humanos que optaron por no semejar al modelo ni adecuarse a las conductas acuñadas, renunciando a las reglas de la predicibilidad para actuar fuera de la inmensa corriente de conductas fosilizadas que toleran sólo un pequeño

²² Dos Passos, John, *La primera catástrofe; El paralelo 42; El gran dinero*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1944, 1946 y 1942, respectivamente.

margen de creación, y únicamente en ciertas condiciones. La misma intimidad del hombre resulta así dirigida y dosificada.

Surgen también los *beatniks*, los *hippies* y los rebeldes juveniles que se apartan de toda responsabilidad y participación social. Su actitud es semejante, y quizá también su situación, a la de los filósofos cínicos en el auge de la polis ateniense, desterrados en su propio país al margen de las instituciones y admitidos sólo desde una postura crítica e indiferente.

Tratan de destruir su sociedad desde posiciones marginales, en un intento de identificarse, a partir de las ruinas de ella, con el mundo de los explotados; deseando, en una especie de regreso a la naturaleza, comenzar, elemental y primitivamente, una nueva humanidad, pareja y simplista, desprovista de todos los rasgos a los que la condujo el desarrollo industrial.

Los papeles sociales en esta nueva connotación que estamos utilizando exigen, pues, que los rasgos de nuestra personalidad se parezcan a lo que se espera de nosotros. Lo que quiere decir, y aquí viene el aspecto “roussonian” del problema, que nosotros estamos permanentemente recreando y obedeciendo a los papeles sociales; en cierta manera, el que se pliega primero a éstos puede después, quizá,

modificarlos mejor. Lo que afirma J. J. Rousseau²³ respecto de los ciudadanos y la voluntad general, también podemos decirlo de los papeles sociales y los individuos. Al obedecer éstos lo previsto, están obedeciéndose a sí mismos, de acuerdo con la peculiar fórmula democrática del ginebrino.

En este panorama, el hombre se sigue aferrando a ideologías anacrónicas, como lo observa Geiger, que no son ya sino cascarones sociales sin raíz auténtica, a los que se anclan los hombres desesperadamente para tratar de entender porciones de un mundo tan cambiante que casi no puede ni comprenderse ni vivirse.

Hay que distinguir entre las corrientes de pensamiento aquellas que al ser profundamente subjetivas plantean, más que la búsqueda de la verdad, las propias experiencias, el regodeo solipsista del propio ego en su constatación con las cosas y la gente.

En el siglo XX el hombre piensa llevado por sus instintos primarios; por eso tiene razón Geiger²⁴ cuando habla de los tres miedos en que se funda la filosofía existencialista: el miedo al mundo, el miedo al demonio y el miedo a la conciencia. Temores

²³ Rousseau, Juan Jacobo, *El contrato social*, Buenos Aires, Perrot, 1958, pp. 28, 42, 43, 47, 48, 56 y 57.

²⁴ Geiger, Theodor, *Demokratie Ohne Dogma*, Munich, Szczesng Verlag, 1963, p. 30.

que se vieron sobrepasados, con creces, por las desventuras personales que vivieron millones de hombres durante la Segunda Guerra Mundial y después en Argelia, el Congo y Vietnam.

El cambio operado se deja expresar mejor siguiendo a Ernst Jünger,²⁵ quien afirma: “En el siglo XIX el individuo era variable y la masa aparecía como constante, mientras que, por lo contrario, en el siglo XX el individuo aparece como constante y es de observarse una gran modificabilidad de las formaciones con las que él se encuentra vinculado”.

Ahora lo que cuenta es la masa, y el individuo se hace lateral y poco importante, pues todo se desarrolla ateniéndose a los clisés o estereotipos.

Las situaciones, las instituciones y el “otro ser humano” exigen ciertas conductas, sin importar quién sea el que las realice. Un problema más difícil de afrontar que el de la sociedad individual es el de la soledad colectiva que proviene de una serie de formas de conducta y de relaciones predeterminadas que el hombre maneja sin digerir, sin apropiarse de ellas, al grado de que puede llegar el momento en el que la propia capacidad personal de conformar un mundo cerrado y propio carezca de sentido, pues el hombre tendría que polarizar en su fondo un dua-

²⁵ Jünger, Ernst, *Ernst Klett Verlag, Stuttgart Werke*, t. IV: *Essays II*, pp. 151 y 160.

lismo compuesto de dos soledades, su soledad individual y su soledad colectiva.

Además, se llega a perder incluso la visión de conjunto de los fenómenos sociales, políticos y económicos que se están viviendo. Se requeriría un ser humano especial, de una capacidad extraordinaria, para que alcanzara a comprender la constelación de circunstancias que le toca vivir, pero aun éste carecería del nivel y de la perspectiva para apreciar estos conjuntos y además no tendría, desde los esquemas, comunicación real con los demás y con las cosas, lo que explica el grado de autonomía interior alcanzado, no conocido anteriormente, pero que aún no podemos saber si es para bien o para mal, o siquiera utilizable, pues llega en ocasiones a extremos de verdadero solipsismo estéril, acrecentado por el uso de las drogas.

La vida sería así en el exterior un continuo cobijarse con lo que determinan los grandes conjuntos, los marcos de referencia, las formaciones preestablecidas y en el interior un desnudar las formas de este universo prestado, para tratar de establecer un idioma propio, una hermenéutica que haga comprensible el mundo ajeno a través de una nomenclatura que traduzca lo automático y lo irracional a las palabras individuales de la esfera interior; dificultándose así, cada vez más, el tránsito del mundo

cerrado, incomunicable y personal, con el horizonte de cosas y asuntos que aparecen fáciles y prácticamente listos para ser usados y vividos de acuerdo con las reglas aceptadas por todos, pero que permanecen intactos, ajenos a la más leve huella que pudiera dejar la mano de la persona humana. El uso cada vez mayor de los *slangs* y *argots* no es sino un síntoma del deseo de establecer comunidades cerradas de convivencia, que utilizan determinadas palabras de manera deformada y excesiva —Heidegger—, proveyéndolas de ciertos significados e importancias para fundar pequeños mundos de solidaridad y de compromiso.

El individuo es intercambiable, la circunstancia sólo pide que se cumplan ciertos ritos sin importar quién los lleva a cabo. Sucede con los seres humanos lo que con las mercancías, que ya no necesitan incorporar rasgos especiales dados por el espíritu creador del artesano, pues sus cualidades le son otorgadas de manera pareja y sólo se exige ahora del producto una categoría genérica. Jünger²⁶ lo resume con especial agudeza: “La experiencia del tipo no es, como se dijo, única, sino de un solo significado: con esto se relaciona el hecho de que el individuo no es insustituible, sino por lo contrario,

²⁶ *Idem.*

absolutamente sustituible, al igual que la mercancía en cualquier entrega”.

IX. LUCHA DE CLASES Y ANTAGONISMO DE PAÍSES

Las estructuras económicas de los países industriales han cambiado y sin embargo la enajenación del hombre continúa siendo un problema para la misma sociedad opulenta, pues su conducta aparece irremisiblemente determinada por “los otros que lo rodean” dentro de la “serialidad”, como dice Sartre, por la “gente”, impersonal pero decisiva en los términos de Ortega y Gasset.²⁷

Hasta ahora la necesidad permanece como un pozo sin fin en el seno de las sociedades menos favorecidas, e incluso el propio desarrollo tecnológico e industrial no basta, pues al parecer crea sólo formas nuevas de enajenación que encajan al hombre en un marco de referencia, de cuasigrupos y papeles sociales lejanos al espíritu de comunidad que deseó Tönnies, desprovisto de contenido hu-

²⁷ Ortega y Gasset, José, “El hombre y la gente”, *op. cit.*, nota 1; Sartre, J.-P., *Crítica de la razón dialéctica*, *cit.*, nota 4, y Odjnyk, Walter, *Marxismo y existencialismo*, Buenos Aires, Paidós, 1961, p. 234; Pierre y Jalee, *Le Pillage du tiers monde*, Libraire François Maspero, 1965, pp. 108 y 127.

mano; pues ya no sólo el trabajo es una mercancía, sino los minutos del hombre también, todo se cuantifica y se mide dentro de los patrones establecidos, y los contornos de lo más individual se desdibujan ante la inducción y las presiones indirectas e inevitables de los instrumentos de comunicación masiva.

Para Marx la libertad comienza cuando el trabajo deja de ser una imposición cruda de la necesidad, pero la necesidad no consiste ya sólo en afrontar a la naturaleza sino que todo lo creado por el hombre, todo el sistema de objetos que tienen la función de ser intermediarios entre él y la naturaleza, quizá más rebelde e implacable, que frustra el intento ancestral de romper el círculo vicioso de la necesidad y del instinto con base en la razón y en la libertad.

La historia, como lo demuestra Hans Freyer, no presenta un horizonte parejo, sino que, por lo contrario, deja coexistir en un mismo lugar y tiempo, sobrepuestas, varias épocas. Cada una de ellas con sus implicaciones y sistemas, es decir, con su organización económica, social y política. No es de extrañar, pues, que en la actualidad se den formas de producción altamente desarrolladas sin los antagonismos de clase tradicionales, al lado de sistemas de producción subdesarrollados, en los que persisten, todavía con variedad de matices, conflictos

estructurales semejantes al modelo planteado por Marx, pero con variaciones notables, ya que el marco mundial de referencia es totalmente distinto.

El proletariado de estas naciones no lo forman sólo los obreros, pues pertenecen con frecuencia, en países atrasados, a grupos de salario privilegiado, sino por los campesinos, casi siempre sin conciencia ni educación políticas, desprovistos hasta de un lugar en la producción que les permita entender los nuevos procesos económicos. En China y en Cuba éstos fueron los contingentes de la revolución y ahora, al parecer, en China, la vanguardia de ésta la integran no sólo los obreros y los campesinos, como en el comunismo clásico, sino los jóvenes estudiantes —“la guardia roja”—.

Más parece tratarse ahora de un antagonismo entre países pobres y países ricos, pues aproximadamente 2,300 millones de seres humanos están sujetos al subdesarrollo en una escala que abarca todas las miserias imaginables, con lacras seculares que obstaculizan cualquier programa de desarrollo.

En un mundo así constituido puede apreciarse por un lado la ingente necesidad de los países africanos, asiáticos y latinoamericanos de utilizar una serie de esquemas políticos como son el nacionalismo, el socialismo, el fascismo y las más variadas formas combinadas de poder como el cesarismo

democrático (Helio Jaguaribe) o la democracia cristiana (Chile y Venezuela), para acelerar su desarrollo, para romper barreras que impiden el progreso. Mientras los países poderosos, imperturbables, siguen programando para los próximos decenios, con la mirada vuelta hacia una más próxima relación internacional que busca la desaparición de los nacionalismos.

Los países subdesarrollados tratan de estructurar su economía con base en la creación de industrias semipesadas y pesadas (muy costosas), mientras los países altamente industrializados se interesan sólo para invertir en dichos países, con criterios unilaterales tanto en la producción de materias primas como en el comercio, las finanzas y las industrias extractivas, y utilizan el intercambio como instrumento político haciendo aparecer, en ocasiones mañosa e innecesariamente, la compra de los productos, los financiamientos y la asistencia técnica como una dádiva.

Todo el submundo formado por cientos de millones de hombres se enfrenta al hecho incontrovertible de que sus estructuras económicas son similares y competitivas y que sus verdaderos mercados, a la postre, son los países poderosos, atentos sólo a sus problemas y a la conservación de sus intereses. Eso desarticula su solidaridad, pues pesan más las nece-

sidades urgentes que cualquier programa de lucha y defensa de sus productos. Todos convergen en lo declarativo, pero nadie quiere someterse al riesgo de romper con los países compradores de sus materias primas.

Las grandes diferencias que existen entre países pobres y países ricos tienden, además, a agudizarse, como lo demuestra Zimmerman²⁸ usando la curva de Lorenz y el coeficiente de Pareto, situación crítica que no puede ser duradera y sí desembocar una conflagración inusitada y sangrienta si no se amplía el esquema del hombre a una dimensión universal.

Hay sociedades que están creando, diariamente, instrumentos capaces de modificar radicalmente la tecnología y con esto acrecientan su capacidad para conseguir un desarrollo económico acelerado y constante. Mientras el otro universo, hambriento, del que se habla tanto en conferencias internacionales, congresos y reuniones, vive en la paradoja, sujeto a la explosión demográfica, con necesidades cada vez más agudas, recursos limitados y deficiencias educativas y de salud.

Además, los intereses de los países poderosos se inmiscuyen implacablemente en los países débiles,

²⁸ Zimmerman, L. J., *Países pobres, países ricos*, cit., nota 13, pp. 26-38.

y orientan toda su política dentro de una línea inmediatista y fría, sin ver el peligro que representa el abismo enorme que se abre, en escala mundial, entre la inmensa masa hambrienta y subdesarrollada y las elites que forman las sociedades de los países altamente industrializados.

La enajenación del hombre y la necesidad siguen imperando; la situación de clase tiene ahora que ver también, como lo observa Kolakowsky, con la pertenencia a una nación o a un pueblo.

La injusticia social sigue ensañándose contra los países pobres en cuyo seno se plantea, sin duda, también la lucha de clases, pues su sociedad está formada por masas que ven encadenado su destino a un ciclo sin esperanza, a problemas sin solución aparente en los próximos años. Los gobiernos de estos países se convierten, por el cuadro de condiciones a que se encuentran sujetos, en elites burocráticas, oligárquicas o militares que cierran los canales de capilaridad, entorpecen su desarrollo, deforman los objetivos sociales, proponen metas demagógicas y corrompen a la sociedad, especialmente a las nuevas generaciones, con su ejemplo romo y sin visión del futuro.

No basta romper las formas de la enajenación tan sólo dentro de las sociedades privilegiadas, es indispensable también conquistar una conciencia

mundial que supere el antagonismo de pueblos contra pueblos, pues existe el desnivel agudo y cada vez más acusado entre los que todo lo tienen y los que carecen de todo.

¿Tendrá razón Bachofen²⁹ al considerar que la historia humana no es sino la descripción de una especie que nació herida de muerte y que se está enredando en sus propios mecanismos hasta ahogarse?

¿Será el hombre, como piensa este autor,³⁰ un animal en decadencia, un desertor de la vida instintiva, enfermo por el espíritu, sin duda universal y sin solidaridad humana?

¿Se salvarán en la última etapa sólo los países poderosos, los hombres cosmos, a costa del sacrificio de millones de seres humanos que viven esclavizados en el ciclo de la miseria, la enfermedad y la ignorancia?

¿Tienen sentido cinco mil años de cultura humana si ésta lleva al genocidio, al privilegio de los pocos, a la desesperación endémica y a la indiferencia?

No es posible continuar el desarrollo económico si no hay progreso social también y en todas las la-

²⁹ Bachofen, J. J., *Der Mythos Von Orient Und Occident*, Munich, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1956, y Scheller, Max, *La idea del hombre y la historia*, Argentina, Siglo XXI, 1959.

³⁰ *Idem*.

titudes. Pero no puede haber desarrollo en multitud de países sin cambio en las estructuras políticas, sin romper los intereses creados y los moldes seculares. Tampoco, contradictoriamente, puede haber justicia social sin productividad, ni productividad sin eficacia y manejo racional de hombres y recursos. Éste es el círculo vicioso en el que se encuentran encerrados países subdesarrollados y de mediano desarrollo en todo el mundo. Sólo se podrá subsistir en este horizonte complejo y lleno de contradicciones si se satisfacen las dos exigencias universales a las que alude Toynbee:³¹ “El rendimiento económico y la justicia social”. Lo que constituye un reto difícil para la inteligencia y la capacidad creadora del hombre actual, aunque finalmente y de manera no reversible, el hombre individual con los atributos y connotaciones tradicionales, a los que ya hicimos referencia, desaparecerá, aun conquistándose las metas elementales pero casi utópicas que plantea el gran historiador británico.

³¹ Toynbee, Arnold J., *La economía en el hemisferio occidental*, Emecé, 1964, p. 10. André Gorz considera sobre este punto que hay dos batallas: “La batalla de coexistencia pacífica y del modelo comunista rico, y la de la emancipación y el desarrollo socialista de los pueblos proletarios”. Son buenos deseos de Gorz, no obstante los cuales sigue siendo válida la tesis de Toynbee. *Historia y enajenación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 347.